

Sólo podemos vernos cuando relampaguea

Los pescadores olvidados

Los brujos del Engaño y del Poder
vuelan de una isla a otra
durante la noche.

Se ven sus luces saltando
de cerro a cerro;
se oye el oleaje
como un colmenar de estrellas
trabajando.

Nosotros, que hemos visto
la cara del Diablo
bajo la quilla de los botes
cortadores de olas,
nos persignamos en silencio
y con un cuchillo dibujamos
una cruz en el aire
y nos ponemos la ropa al revés
para ahuyentar a los demonios.

Dormiremos esta noche
con los ojos abiertos,
sentados en el bote
lleno de peces
moribundos.

El agua y la sal murmurantes
son la cama de los pobres.



Zumbido en el viento de los acorralados

Anduvimos saltando de árbol en árbol y volando a ciegas la niebla. Navegamos después este mar tapizado de botellas flotantes con mensajes de naufragos olvidados. Recorrimos los caminos vecinales a pie; cruzamos la noche montados en un caballo que no cesaba de resoplar; fuimos de pueblo en pueblo en buses destartalados. Viviendo, desviviendo, desmuriendo. Aquí una familia nos dio almuerzo; otro vecino nos sirvió unos tragos de chicha, y otro más allá nos convidó alojamiento.

¿Cuántos libros has escrito hasta ahora acerca de esto? Homero nos atendió como reyes; nos cantó al anochecer sus hexámetros sentado en un tronco. Dante y Kafka estaban de fareros en algún círculo de algún infierno. Y los campesinos mataron sus mejores gallinas para los viajeros, los verdaderos amigos que traían los arco iris en el pelo. ¿No escribirás después formidables libros para que los utilicen los tiburones, para que vengan a robar las tierras? Los libros que escribas serán hojeados con un cuchillo manchado con sangre. Sábelo tú que mamaste leche de mujer y te perdiste en los recovecos de los montes y allí dormiste con los chucaos que anidaron en tu cabeza.

El filo, lo que zumba y el temblor.
El pueblo está en la boca de las palabras.

Estoy sentado en la cumbre de un cerrito, de los que la gente llama “altos” (aquí en la isla), desde donde se tiene un panorama impresionante: el mar azul, de un azul desteñido, quieto como una muchedumbre postrada ante un altar; la costa de la isla cercana casi encima, sus casas nítidas, sus árboles, sus murras. Y hasta se puede ver, aguzando la vista, la gente que trabaja en la siembra de papas. A la izquierda y lejano, el pueblo de Curaco de Vélez. Se ven las casas de una blanca apagada, aunque son de diversos colores, y, al centro, una iglesia por donde pasan los muertos y los vivos en un camino desconocido. El viento marino que me enfría el rostro es la vida. Y esta rama de radial o de maqui, y este sol achacoso, y estas calles como ríos secos, y esta gente como sangre, y este dolorazo de caballo que se sienta tras una mesa porque sí, porque le dio la gana. Esto es también la vida.

Mi hogar es una casa pobre sentada sobre cuatro piedras grandes. Conversa con los animales domésticos mientras hila en el patio bajo el tibio sol de enero. Mi hogar se cubre con un pañolón negro hasta las rodillas y sus ojos están fijos en la llama que arde en el fogón. Mi casa es una casa que tiene en cada tabla, en cada viga, tijeral o soquete, fantasmas de conversaciones nocturnas; muertos que conversan en la cocina mientras dormimos; brujos que se convierten en perros, en gallinas, en culebras. La noche es más oscura cuando estamos tristes y los rumores más furiosos cuando la eternidad arceja sobre el techo de alerce.

Amor y poesía

Pero aún así creo en el amor, y creo que la poesía es un acto de amor y que la poesía es un reclamo, siempre justificado, de comunismo. Confieso que para mí –hablo de ése a quien llaman Sergio Mansilla Torres– no hay ningún arte que llegue a tocar las más profundas fibras de mi ser como lo hace la poesía, la buena poesía, sea exteriorista, superrealista, política, erótica, religiosa, masculina, femenina, antigua, moderna... Porque escribir buena poesía y leer buena poesía es amar. Con Jacques Prévert diré: “amo a los que se aman” (como Bárbara con su novio mientras llovía sobre Brest). Pero amar es también odiar: odiar lo que impide que el amor levante sus catedrales sobre roca firme.

Anda al pueblo, hermano

Anda al pueblo, hermano,
anda;
y tráete plata y azúcar.
Anda, hermano, al pueblo
a vender estas cuantas gallinitas,
y tráete también esa luna grande
que siempre vemos reflejada
en nuestros ojos.
Seguro que allí debe estar
porque en el pueblo hay muchas cosas lindas
y allí debe de estar la luna.
Y tráete plata, hermano,
mira que el camino es difícil
y está oscuro debajo de la lluvia.
Anda al pueblo.
Yo aquí esperaré hasta que vuelvas
y te tendré tortillas en el fogón.
Apúrate, y tráete plata y azúcar y luna
porque estamos quedando atrás
y tenemos que alcanzar como sea
la orilla donde los otros llegan.
Anda, hermano.
Yo aquí, mientras tanto,
prepararé el fuego y la tierra
para que la hagamos florecer
cuando tú traigas plata y luna.

(Fragmento de “Escritura en la tierra”, pág. 136 de *Cauquil*)

Mis mayores

A Padre y Madre que navegan sus secretos mares

Ellos amaron lo suyo.
Tantos años viviendo en el viento,
sacrificándose por un pan,
por un descanso en los hogares de la noche:
coronación de la astilla que,
al picar leña, entró en los ojos del tiempo.

Aún estamos como estábamos: poco ha cambiado
desde las primeras emigraciones y posteriores regresos.
A la subsistencia de la lejanía
agreguemos la muchedumbre de signos filudos
que hieren la planta de los pies.

No hay remedio para el árbol que dice adiós.
No romperemos el horizonte
con las manzanas que caen al amanecer.

Desde el humo se habla para la memoria ennegrecida
y la lluvia ha humedecido tanto el aire
que no se pueden cerrar las puertas del corazón.

Ellos me arrancaron las murras andando a pie
en esta carrera florecida.
y arrendaron el cielo para instalar
la mesa de las bocas con hambre.

Ellos pusieron el idioma en mis hombros
e hicieron desfilar las palabras
al compás del ritmo de los abrazos.

Ellos pagarán mi deuda de hombre a la redonda
con el efímero cambiante perfil de las hojas.

Ellos hicieron un hijo y varios hijos
y después hicieron llorar a Dios con una cebolla.

Ellos son los fabulosos mendigos de la historia.

El destino de los míos

*¿Quién es aquel que veo en la ventana
de mi habitación cuando me duermo?
No es nadie, o tal vez es tu abuelo muerto
que recuerdas mucho.*

El destino de los míos ha sido
quedarse mirando con ojos cerrados
la tarde cuando pasan rebaños
mudos de ovejas
hacia establos apenas imaginados
y luego en la noche salir a lacear
toros de recuerdo
para dormir bajo la ceniza caliente
de la juventud
y brillar así por un instante como brasa
o luciérnaga
en mitad de la noche de agua.
Así esperar la muerte emponchado
como si se esperara una lluvia muy helada
caminando
a orillas del mar
donde las olas rascan una y otra vez
las axilas del tiempo.
Hacerse por fin transparente y quebradizo
como un vidrio mal puesto en la ventana
que tiembla y no cae
pero que sabe que va a caer
que ya está cayendo
para siempre sobre la tierra bienamada.

A veces pierdo las palabras como puede perderse una moneda desde un bolsillo roto o un niño en medio de una multitud o un turista en las calles de una ciudad desconocida. El poema se evapora, se hace invisible. Hurgo entonces por toda la casa buscando estas condenadas palabras. Las muy traviesas se han escondido; pero ya aparecerán, siempre aparecen.

Leo un poema de Rimbaud, y allí está Rimbaud riéndose en medio del cielo; su pierna podrida ya no le duele, el mar ebrio le ha lavado las llagas y su cabeza alumbra hasta el horizonte como el sol.

Poemas enterrados

Vinieron los peores días de represión,
cuando hasta el aire estaba embrujado
y no maduraban las siembras
ni había comercio en las ferias.
Entonces tuve que enterrar unos cuantos
poemas para el futuro.

Tal vez ya hayan germinado y crecido.
Tal vez todavía estén esperando las primeras
lluvias para levantar su índice al cielo.

En alguna parte del pasado
han de estar ahora,
en alguna quebrada vivirán ocultos
como monstruos de sueño.

Y estos Poemas son los que deambulan
por los montes, los verdaderos
prófugos de las verdaderas prisiones;
éstos que un día sembré bajo la tierra
para el futuro.

Noticias de Chile (escrito en Seattle)

Las noticias que me llegan de Chile son tan vagas e irreales que es como soñar con un lejano amor cuyo rostro ya no es posible recordar (no sé por qué asocio esto con el laberinto de nieve de “Amarcord”). Jamás he nacido; Chiloé es una historia contada por un borracho. Si alguna vez los militares ocuparon las calles, eso ocurrió en una pesadilla de adolescente; si engendré tres hijos, ellos son estrellas a millones de años luz cuya existencia sólo se puede postular por cálculos matemáticos. Ya lo dijo Eliot: el hombre no soporta demasiada realidad. El problema es que el hombre tampoco soporta demasiada irrealidad. Y los exilios, ya lo sabemos, son fuentes de adicción al insomnio con un cielo lleno de golondrinas de papel. Pero la verdad es que, como dice Lihn, nunca salí del horroroso Chile, nunca salí del habla de los viejos mares de las islas de Chiloé, es decir, batallando y batallando en un exilio imposible en un país que no es imaginario, en una lejanía que no es sueño, entre animales cuyos nombres desconozco y que miran desde la prehistoria (una prehistoria del futuro, desde luego). El sol de aquí es tan bello como el de allá y la lluvia de aquí nos pone a todos igualmente un poco líricos como la de allá, y las flores, y los prados tan tersos tapizados de muchachas y muchachos que no se besan nunca en público, salvo raras excepciones, y cómo no mencionar las montañas que parecen dibujadas por Andy Warhol desde la muerte.

Obviamente Chile es un insomnio, algo así como una bandada de gorriones que no se pueden expulsar de la poesía. La única solución en un día como hoy que amenaza lluvia es hacerse a la idea de que hay que vivir en los suburbios de una ciudad inencontrable y adaptarse al idioma del silencio, el mejor idioma para hablar consigo mismo. Digamos que estuve aquí alguna vez, pero no le crean al tiempo ni a las palabras; hagamos como que todo está bien, muy bien, y leamos, leamos hasta la más insignificante brizna de hierba y entonces quizás sepamos que hay un mierdal en todo esto y que la lejanía tiene también sus ventajas, porque nunca he dejado de amarte, mi naranja, ni aun en los peores momentos cuando por una ola de equívocos he sido infinitamente feliz.

Dos estampas de madre tejiendo

1. Junto a la estufa

Imaginemos un tiempo cuando ya no volveremos a verte. El taciturno, el cauto olvido hará su trabajo, lento, sin apuro, que para eso tiene la infinita arcilla del desamparo.

Tan lejana, tan inerme: cierto esbozo serás de una espalda vagamente dibujada con mucho esfuerzo.

No te veremos más; ni el nombre de la ausencia que lo llenará todo será visible.

El taciturno, el cauto olvido hizo ya lo suyo.

2. Junto a la ventana

Afuera está el cacareo de las gallinas, el gemir de los cerdos, el rumor suave de los pollitos instalados bajo la eterna delicia de las alas tibias.

Ella mira desde adentro, tras los lentes, al caminante que pasa saludando desde lejos.

De la nada pareciera que viene la chomba: ya tiene forma el espaldar y en la tibieza fresca de la cocina va y viene la hebra con la que se hace el mundo.

Desde adentro el mirar vuelve a sus andadas se detiene de pronto la mano sobre las piernas y en toda la inmensa tarde sólo se oye un leve y anhelante latido de corazón.

Por un instante, cual fugaz destello, asomó la torva cabeza de la hidra. Pero no. Todavía falta, y todo vuelve al impaciente furor de los alientos contenidos.

Paisaje a contraluz

Me sentaba en los altos de la isla para mirar el mar y los barcos.

Aquel año el bosque estaba lleno de voces.

Madre compró crea cruda para hacer sábanas, ásperas sábanas para una piel entonces joven y tersa.

Mujeres venían de la playa; saludaban al pasar con sus paldes: ninguna joven ni bella, pero amables todas.

Yo era por esos días imberbe, en aquel año de rumores cuando pudo haber habido un terremoto devastador.

Brillantes estrellas eran los ojos de dioses que miraban casi sin pestañear el vacío de nuestras vidas: incluso de día asomaban en la constelación de Orión.

Leí a Salgari. Los tigres de la Malasia y los tres corsarios fueron más tarde asesinados por el agua; los pocos que escaparon a la matanza cabalgaron rumbo a la arena silenciosa del país que no fue ni será.

Por un poco de luz empeñaba por esos días mis tesoros: una bocha de vidrio, otra de acero (un “fierrito”, decíamos), el trompo cucarro de madera de peta que yo mismo hice usando sólo un cuchillo viejo y mellado.

“Respeten a los niños antes de que se contaminen con el mal de la avaricia y con el triste fulgor de la decadencia que trae la edad”.

Fue aquel año en que correctamente decidí no llorar a menos que las lágrimas sirvieran para resucitar a los muertos.

Regreso a casa

*¡Amárrenme a mástil del silencio!
¡O a las cimbradas cuadernas de ciprés
que resistirán el oleaje de la locura!*

Debo a Henry Miller este pensamiento: “Soy un patriota de Changüitad y de Curaco de Vélez, Chiloé, donde me crié. El resto de Chile no existe para mí, excepto como idea, o historia, o literatura. En mis sueños regreso a esas comarcas de la isla de Quinchao, igual que un paranoico vuelve a sus obsesiones. Porque lo que es inmutable es el dolor de la separación, y este dolor sigue vivo después de que el cuerpo es enterrado”. (El lector hallará este pasaje de Henry Miller en su versión original en Primavera negra, en el que Miller habla, por cierto, de Fourteenth Ward, Brooklyn).

Escribir poesía es una añoranza permanente que resulta de la necesidad de sentirse en casa en cualquier lugar de este mundo en el que estemos, lo que significa que escribir poesía es atestiguar que vivimos exiliados de la casa que nunca hemos tenido. Siempre camino a casa. Pero la verdadera casa, como las manzanas de Tántalo, está ahí, al alcance de la mano y a la vez inalcanzable. Es un obsesivo diálogo con el campo húmedo de mi infancia, algo oscuro y rural que ciega como el resplandor de una explosión atómica. Siempre volveré a casa con todos mis bártulos y con todas mis incurables obsesiones el día en que no quede en mí ni una sola palabra que pueda nombrar ninguna cosa. Al menos, en la mudez absoluta, no habrá distancia entre el decir y la imposibilidad de vivir lo que se dice.

Todos junto al fuego, los primitivos del futuro

*La penumbra entra en los ojos del padre
y de allí no volverá a salir.*

No tuvimos a nadie que pintara “Zapatos campesinos”, o idílicas escenas campestres (para deleite de asiduos a museos y a galerías, de ellos que gustan de banquetes exóticos para sus ojos). Ni en 1000 años nacerían Rafael, Tiziano de Cadore, Velásquez ni Daguerre, ni Einstein...

No en torno a un fogón rústico, cuyo fuego chispeante hace y deshace sombras, ablanda los bultos que respiran, que murmuran y hablan de viejos países irreales.

De esto sólo queda un pequeño retazo en la débil tela de la memoria.

¿Quién escribirá la historia de algo tan común y corriente?
¿Quién estará dispuesto a perder su juventud escribiendo sobre nada?

Oscuros caminos hay entre el bosque y los sueños que se sueñan despierto; vagas pasiones similares al amor, y apercancados odios cuyo origen nadie recuerda ocurren de tanto en tanto.

Oscuros nosotros, sobrantes, protegidos sí por el olvido, por el humo, y, aunque busquemos, no hallaremos nunca el camino de retorno a casa.

La lluvia borrará el pueblo

La lluvia borrará el pueblo igual como las nubes borran las estrellas.

Pero detrás del agua todo seguirá igual como siguen iguales las estrellas detrás de las oscuras nubes que las cubren: el carnicero don Ulises, gordo y cojo, en su carnicería, don Lucho en el correo, siempre con un lápiz en la oreja; la Sra. Albina, la costurera, con su risa estridente continuará espantando los fantasmas del mal; Nancho, el loco, camina en redondo a grandes zancadas por la plaza. Continúa la algarabía de los borrachos en la cantina de don Baldomero y los ladridos furiosos de los perros de Bauche Ortega y el rechinar de una carreta lejana en la madrugada. Y yo sigo en la misma escuela primaria llena de goteras, con los vidrios rotos, los baños inmundos, y el auxiliar don Isaías, manco de un brazo, me regala galletas y dulce de membrillo que envía el gobierno. Queda en mi boca el sabor apestoso de la leche de la Alianza para el Progreso. Seguiré enamorado en silencio de la Doris, mi compañera de curso. Cuando sea grande jamás escribiré poemas; seré un marinero apátrida, sin memoria. Cuando la lluvia escampe, el arco iris abrirá sus alas como un inmóvil pájaro de ausencia.

Sueña el animal humano

Se levantan las nubes. Confusamente alguien murmura contra el mal estado de los caminos; los árboles arden de lluvia y a madre le deben lágrimas todos sus hijos y nietos. Y yo estoy en paz con mi pasado, ahora que, al cerrar los ojos, veo a ese muchachito que se fue con su colchón al hombro un día de marzo en un destartalado

autobús lleno de sacos y cajones. Y luego la travesía sobre el mar que nos mecía como a bebés llorosos. Hasta llegar al centro de la noche, con hambre, desvelado por agudas visiones de un plato de sopa caliente que se deshacía al querer alcanzarlo. Ahora es cuando tengo que pensar en los poetas que escriben sobre el muro del tiempo. No importa si tengo lágrimas deslizándose sobre mi rostro y no importa si nadie responde al llamado de los gorriones. Los viejos objetos de la casa nos perdonan: las perchas ahora sin sombreros, la lapa de madera de avellano en la que comía el perro, la botella de barro que, llena de agua caliente, servía para entibiar los pies de los moribundos. Tal vez alguien esté todavía allí donde ya no estamos, atizando el fuego o durmiendo el sueño primario de los recién nacidos. Se levantan las nubes y el mar, agitado por el viento sur, florece como un instantáneo jardín de rosas blancas.

Al ir a buscar papas a la bodega

La puerta enorme de madera abro. Me saluda la leve penumbra, obstinada, implacable, que entorna sus visillos sobre los sacos de papas como protegiéndolas de la mano que las arrancará de su orden perpetuo. Huele todo a semilla de pasto seco; pero las cosas no saben que son ellas mismas en esta bodega que me recibe con su odio sagrado, infinito, con la total malignidad de su insondable inocencia.

Itaca

Y cuando, al fin, arribas a Ítaca no hay perro ni casa. Nadie ha oído hablar jamás de una tal Penélope; el nombre Ulises pertenece a un idioma desconocido. Lo que hay es una isla pelada. Floreciente fue alguna vez, dicen; pero no lo creo ni lo creeré.

El viaje fue rutinario, ni sirenas ni comedores de loto; las diosas y las ninfas brillaron por su ausencia. No hay, pues, motivo para escribir nada memorable después de tantos años de vagabundeo por lugares cuyos nombres no vale la pena recordar.

En Ítaca estás. Caminas por el sendero que conduce a la casa que construiste de joven. Los ojos van, de pronto, hasta los álamos plantados en hilera junto al arroyo: ellos permanecen en dirección contraria a la noche y guardan el nido de los barcos en sus follajes.

¡Ah de la casa! La estrecha puerta se abre a la penumbra que el sol apenas aniquila por un rato: tu casa, la escalera, la cocina - siempre la cocina-, el polvo de las cornisas; aquí hablabas con Dios mientras llovía y dejaba de llover cada tanto.

Ítaca no es la infancia. Y nunca estuviste allí ni con los vivos ni con los muertos, y no puedes recordar sino el único borroso día cuando el viento pasó por los huecos del aire. No construiste casa alguna. Ni Ítaca es Ítaca. Y no has viajado tampoco a ninguna isla. Sólo escribiste algo que no tiene, tal vez, más sentido que el agua que corre hacia el mar.

(del libro *Cauquil*: Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2005)

Sergio Mansilla Torres



Datos del autor

Sergio Mansilla Torres nació en la isla de Quinchao, Chiloé, Chile, en 1958. Inició su formación en el taller Aumen de la ciudad de Castro. Estudió Castellano y Filosofía en La Universidad Austral de Chile, en Valdivia. Realizó su doctorado en Literatura en la Universidad de Washington, Seattle, Estados Unidos, y actualmente es profesor de la Universidad de Los Lagos, en Osorno. Mansilla no sólo es un destacado poeta sureño, sino un investigador de la poesía de esa parte de Chile, a la que ha dedicado valiosos esfuerzos críticos y de divulgación.

En poesía ha publicado: *Noche de agua* (1988); *El sol y los acorralados danzantes* (1991); *De la huella sin pie* (1995 y 2000); *Respirar en el desfiladero* (2000); *No sé si tenemos talento* (2003); *Óyeme como quien oye llover* (2004); *Cauquil* (2005).

En ensayo: *Culturas en crisis. Versiones y perversiones sobre nosotros y los otros* (2000); *La enseñanza de la literatura como práctica de la liberación (Hacia una epistemología crítica de la literatura)*, Editorial Cuarto Propio (2003); *Abrazo austral. Poesía del sur de Argentina y Chile* (en colaboración con María Eugenia Correas). Buenos Aires, Desde La Gente. Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos (2000); *La poesía como experiencia de lenguaje y libertad creadora. Módulo de Poesía*. Santiago de Chile, Ministerio de Educación, Programa MECE Media (1998); *El paraíso vedado. Ensayos sobre poesía chilena del contragolpe 1975-1995*. Fucecchio, Italia, European Press Academic Publishing (2002). Poemas y artículos de su autoría se han publicado en diversas antologías y revistas especializadas.

smansill@ulagos.cl